

*La visión de los Estados Unidos:
Un diálogo imaginario entre Zavala
y Tocqueville**

El presente trabajo tiene como objetivo exponer las principales tesis desarrolladas por Lorenzo de Zavala en su diario de viaje a Estados Unidos.

En 1829 —después de la caída de Vicente Guerrero y la toma del poder por Anastasio Bustamante— la permanencia de Zavala en México implicaba ser objeto de los constantes ataques del partido dominante. Ante estas circunstancias, el ministro Lucas Alamán le manifiesta la conveniencia de abandonar el país para así asegurar su integridad física.¹

Zavala sale de la ciudad de México el 25 de mayo de 1830 en compañía de José Antonio Mejía, coronel y secretario de la Legación Mexicana cerca del gabinete de Washington. Los dos viajeros se dirigen a Veracruz en donde el 2 de junio —en una travesía que durará siete días— se embarcan rumbo a Nueva Orleans para empezar a recorrer Estados Unidos por el Misisipi.

El índice de su diario —escrito cuatro años después de realizado el viaje— sigue el orden de su itinerario. Zavala visita los estados de Luisiana, Tennessee, Indiana, Kentucky, Ohio, Nueva York, Filadelfia, Nueva Jersey, Delaware, Maryland, Virginia, el Distrito de Columbia, Massachusetts, Rhode Island, Connecticut y New Haven.

Al describir las características de cada estado, Zavala expone las principales formas de gobierno: la organización de los poderes (legislativo, ejecutivo y judicial), el derecho al voto, y el funcionamiento del ejército entre otras instituciones.

Con una sólida convicción antimonárquica, Zavala le transmite al lector su gran admiración por el federalismo estadounidense y por su forma republicana de gobierno. Como radical liberal, exalta la tolerancia —en particular la religiosa—, la igualdad, la libertad y el progreso del pueblo norteamericano.

El *Viaje a los Estados Unidos de América* se publica por primera vez en 1834 en la edición príncipe, en París. La segunda edición será dada a conocer en Mérida en 1846.

* Este artículo es una versión reducida de un texto más amplio que a su vez forma parte de un libro sobre la obra de Lorenzo de Zavala realizado en el Centro de Estudios Básicos en Teoría Social de la FCPyS. Se trata del primer resultado de investigación del Seminario de Pensamiento Social en México, coordinado por la autora y en el cual participan los profesores Alfredo Andrade, Cecilia Imaz y Héctor Zamitiz. Cabe señalar que en 1988 se cumplen 200 años del nacimiento de Zavala, quien nació en Conkal, Yucatán en 1788 y murió en Texas en 1836.

¹ El análisis más completo sobre la vida y obra de Zavala, acompañado por una cronología y una selección antológica se encuentra en el trabajo colectivo arriba señalado.

El texto es considerado por el propio Zavala como un documento poco original, producto de apuntes diversos cuya utilidad radica en que los mexicanos pueden encontrar en él “una descripción verdadera de lo que sus legisladores han querido imitar”.

Efectivamente, *Viaje a los Estados Unidos* no es un estudio analítico exhaustivo sobre la sociedad norteamericana y sus formas de gobierno. Tampoco es una fuente relevante para los lectores que esperan encontrar ahí información sobre el papel de Zavala en la separación de Texas. En el texto, Zavala hace una sola referencia directa a su proyecto de colonización cuando relata brevemente la formación de una compañía para estos fines y defiende la necesidad de que esta área geográfica esté poblada por generaciones nuevas y totalmente heterogéneas.

Sin embargo, los interesados en este tema quizá podrían rastrear la participación de Zavala a través de los valiosos datos que él mismo proporciona sobre sus encuentros en Estados Unidos. En gran parte de su viaje, Zavala es acompañado por Joel Robert Poinsett quien, a su vez, le presenta a altas personalidades del gobierno y del mundo de los negocios.²

Pero el valor del texto de Zavala está lejos de limitarse a proporcionar información sobre las personas con las que entra en contacto. Aunque el propio autor lo ha menospreciado por su carácter anecdótico, *Viaje a los Estados Unidos* contiene importantes aportaciones para el análisis político y social.

En particular, consideramos que para la historia de las ideas el libro adquiere especial relevancia porque fue editado en Francia casi simultáneamente a *La democracia en América*, de Alexis de Tocqueville (1834 y 1835 respectivamente).

La primera visita de Tocqueville y su compañero de viaje Gustave de Beaumont a Estados Unidos se realiza un año después del viaje de Zavala (1831-1832) y, a diferencia de éste, los viajeros franceses van con el proyecto claro y definido de estudiar metódicamente las formas de participación política en la nueva sociedad. Las distintas notas y encuentros que llevan a cabo persiguen este propósito fundamental. Tocqueville hace un plan de trabajo cuyos bosquejos reelabora constantemente.

La mayoría de los trabajos sobre *La Democracia en América* se lleva a cabo entre octubre de 1833 y finales de 1834. Los primeros volúmenes se publican en enero de 1835. Tocqueville esperaba que la última parte de su obra estaría lista luego de dos años, pero los dos últimos tomos aparecen hasta 1840.

En contraste con el libro de Zavala, el texto clásico de Tocqueville es producto de una tarea sistemática. Atormentado por la insatisfacción ante los diferentes borra-

² Entre estas entrevistas destaca, por ejemplo, la sostenida entre Zavala y el coronel Aaron Burr, quien había sido vicepresidente de Estados Unidos durante el periodo de Adams padre. Según Zavala, Burr “intentó apoderarse de la provincia de Texas, en donde algunos dicen que tuvo ánimo de hacerse proclamar emperador”. En Nueva York, Zavala es presentado con el senador Eduard Livingston (autor del Manifiesto para el Presidente Jackson de diciembre de 1932) y en Quincy visita a Adams hijo (presidente durante el cuatrienio 1924-1928). Asimismo, Zavala sostiene varias reuniones con el secretario de Relaciones Exteriores Van Buren. Este lo lleva con el presidente Jackson, quien lo recibió dos veces.

dores, el autor ejerció una fuerte autocrítica que retrasó ocho años su trabajo. La redacción final de *La Democracia en América* es un resultado pulido de varios esfuerzos anteriores.

En este sentido, el estilo anecdótico e informal del libro de Zavala tendría su equivalente en las diversas cartas y notas de viaje que Tocqueville escribió con un tono espontáneo que está ausente en *La democracia en América*.³

Lejos de ser un diario con un índice que respete el itinerario del viajero, la versión que conocemos de *La Democracia en América* está compuesta de dos partes fundamentales muy elaboradas. En la primera se analizan los principios y estructuras gubernamentales y administrativas básicas de la vida norteamericana; en la segunda, se expone cómo influyen ciertas instituciones civiles: prensa, jurados, religión, en la vida política.⁴

Pese a estas diferencias formales, los autores tienen una obsesión común: la comprensión y difusión de las instituciones políticas de una sociedad que los tiene sorprendidos. Por otro lado, sus coincidencias en tiempo y lugar explican que varias veces lleguen a entrevistarse con las mismas personas. Es sumamente interesante, por ejemplo, que una figura tan decisiva en la vida de Zavala como Robert Poinsett aparezca con frecuencia y bajo distintos encabezamientos en las notas de Tocqueville.⁵

Apoyándome en estas coincidencias y tomando como modelo *El diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, de Maurice Jolly,⁶ el ejercicio intelectual que aquí desarrollo pretende revalorar la figura de Zavala enfrentándolo a un interlocutor imaginario: Alexis de Tocqueville.

Como es de suponerse, esta conversación ilusoria muestra la diferencia de opiniones que sobre Estados Unidos tienen nuestro republicano y liberal y el conocido escritor francés. Pero, rebasando este primer objetivo, el estudio revela también las ideas básicas en el pensamiento político de la época en torno a cuestiones fundamentales como la concepción de democracia, libertad, igualdad, república, entre otras.

Este trabajo se basa fundamentalmente en los libros arriba señalados: *La democracia en América*, Madrid, ediciones Guadarrama, 1969 —y *Viaje a los Estados Unidos de América*, editado por Porrúa en 1966.⁷ En el caso de las referencias de Zavala se utilizaron, de forma secundaria, los textos compilados en *El Periodista*.⁸

Puesto que mi preocupación fundamental es el análisis del pensamiento de Lorenzo de Zavala, la pauta para el diálogo la dieron las ideas que para él son fundamentales. Esto justifica que no haya incluido aquellos tópicos tratados por Tocqueville

³ Consúltese al respecto, James T. Scheifer, *Cómo nació la democracia en América de Tocqueville*. México, FCE, 1984.

⁴ *Ibid.*, p. 28.

⁵ *Ibid.*, pp. 26-27.

⁶ El libro está editado en Muchnik editores, México, 1974.

⁷ Puesto que la mayoría de los párrafos que conforman el trabajo fueron tomados de estos dos libros, se considera innecesario incluir en el texto la continua referencia a estas fuentes.

⁸ Lorenzo de Zavala, *El periodista*. México, Porrúa, 1966.

que no tendrían una conexión directa como respuesta a los planteamientos del mexicano.

Como el lector podrá darse cuenta, la exposición sigue un orden temático. Después de la presentación, se trata someramente la cuestión de Texas para posteriormente adentrarnos en una polémica en torno a la igualdad, la libertad de prensa, el derecho de asociación, la educación, la tolerancia religiosa, la esclavitud, y las características del pueblo norteamericano. El diálogo concluye con algunas reflexiones sobre la trascendencia del sistema político estadounidense como modelo para otras naciones.

TOCQUEVILLE

Ha sido para mí un verdadero descubrimiento encontrarme con su estudio sobre Estados Unidos. Es difícil creer que aquí en Francia se haya publicado, un año antes que la primera parte de mi libro, el texto de un mexicano que analizó la sociedad norteamericana en la misma época en que yo lo hice.

Lamento que no nos hayamos encontrado en América, creo que nuestras investigaciones podrían haberse enriquecido como resultado de un intercambio de opiniones mientras ambos redactábamos nuestros trabajos.

Es una lástima que su obra haya tenido tan poca difusión. Yo la hallé casualmente como parte de documentos diplomáticos que descubrí cuando estaba buscando otros materiales.

ZAVALA

Efectivamente me hubiera sido muy provechoso poder platicar con usted en Estados Unidos. Especialmente porque para los revolucionarios liberales de nuestro país han sido muy importantes las ideas de la Ilustración. Yo mismo he traducido algunas obras de pensadores franceses como P.C. Daunou y el Abbé de Pradt. [Consúltense las obras de Zavala *El traductor* en las ediciones de Porrúa].

Aunque no comparto muchas de las ideas que usted ha vertido en *La democracia en América*, celebro que cada uno de nosotros pueda expresar libremente sus puntos de vista. La tolerancia de opiniones es el principio de la paz y la unión.

Por otra parte, y antes de adentrarnos en el diálogo, tendré que agradecer el honor que un estudioso tan serio como usted me hace al darle tanta relevancia a mi libro. Tengo que confesarle que estoy sorprendido de esta apreciación. El breve texto sobre Estados Unidos al que usted se refiere está lejos de pretender ser una investigación seria.

Durante mi estancia en Europa dediqué mucho tiempo a escribir sobre las revoluciones en México. Como resultado de este esfuerzo tengo ahora dos volúmenes que aportan muchos elementos en cuanto al conocimiento de la historia de mi país.

Creo que es una obra que contribuye grandemente en tanto proporciona datos e interpretaciones significativas sobre el proceso mexicano.⁹

Pero mis notas sobre Estados Unidos no tienen estas pretensiones, se trata únicamente de un diario de viaje con el que me propuse empezar mis memorias. Por lo tanto, este libro no tiene ningún mérito; en cuanto a originalidad puedo decir que no me ha costado mucho trabajo mental porque la mayor parte de las descripciones, de los documentos y aun muchas reflexiones, o las he sacado de otros, o de mis apuntes hechos sobre los lugares. He añadido al tiempo de coordinarlo algunas consideraciones que nacían de las circunstancias o hechos que yo refería. Sin embargo, debe ser de mucha utilidad a los mexicanos que son a quienes está dedicada. En él encontrarán una descripción verdadera del pueblo al que sus legisladores han querido imitar. . .

Es necesario que tanto mi país, como el resto de las repúblicas de la América antes española, aprendan del ejemplo y las lecciones de esta escuela práctica de política liberal e independiente, que hoy es el modelo de todos los pueblos civilizados. Además, creo que conocer “el aspecto de un nuevo orden de cosas, de usos, de costumbres que no se asemejan a las nuestras, tiene un efecto poderoso para romper el curso de nuestras preocupaciones y para presentarnos a nosotros mismos, bajo un punto de vista diferente que en el que nos hemos conocido antes. . .”

TOCQUEVILLE

Quisiera preguntarle, don Lorenzo, si el libro cumplió con su propósito y si en su país ha tenido la recepción que aquí le ha faltado.

ZAVALA

Desafortunadamente no ha sido así; como es entendible, usted no conoce gran cosa de la historia de mi país y de mi tragedia personal. Después de haber combatido en la independencia de México, de dedicarme al fortalecimiento del periodismo nacional y de ocupar varios puestos políticos, he tenido que pasar mis últimos años con el inmenso dolor de ser calificado como traidor a la patria por haberme integrado al gobierno de Texas. Cuando esta región se separó de México “fui nombrado vicepresidente contra mi voluntad y por aclamación”.¹⁰

Si bien es cierto que en 1830 reaccioné desfavorablemente ante la iniciativa de Lucas Alamán para impedir a Estados Unidos colonizar Texas, mis razones estaban bastante fundamentadas: consideré que “si el gobierno mexicano, en lugar de estas trabas antipolíticas, hiciese de la nueva sociedad formada en Texas una escuela de li-

⁹ Zavala se refiere a su estudio titulado *Ensayo sobre las revoluciones en México*. México, Porrúa, 1966.

¹⁰ Carta de Zavala a Poinsett, 1932. Citado por José Fuentes Mares en *Poinsett, historia de una gran intriga*. México, Océano, 1983, p. 142.

bertad y de civilización. . . nada debería temer sobre la integridad de su territorio. . .”

Como anuncié muchas veces, los habitantes de Texas no pudieron “sujetarse al régimen militar y gobierno eclesiástico que, por desgracia, ha continuado en el territorio mexicano a pesar de las constituciones republicodemocráticas”.

En vez de escuchar mis advertencias, se me ha malinterpretado, mis enemigos de México hablan de mí de una manera odiosa, “diciendo que había vendido la parte de Texas a Estados Unidos, y que me había enriquecido con aquella venta”.

“El haber pasado a la posteridad como una de las más sombrías figuras de la historia de México es un hecho que me entristece pero no me sorprende: nosotros los mexicanos y demás hijos de la católica España, estamos condenados a una serie de revoluciones sangrientas. Yo soy una de sus víctimas, pero con su cuenta y razón”.

Como usted comprenderá, sin tratar de entender mis motivos, mis compatriotas no están interesados en difundir las notas de viaje ni ningún otro de mis trabajos.

TOCQUEVILLE

Cómo lo siento, Sr. Zavala, sobre todo porque lo que sucedió en Texas es en realidad un proceso de invasión que se viene dando durante varios años. Independientemente de su actuación personal, estos territorios tarde o temprano formarían parte de la Unión Americana.

Cada día los habitantes de Estados Unidos se introducían poco a poco en Texas adquiriendo tierras, sometiéndolas a las leyes del país, y fundando allí el imperio de sus reglas y sus costumbres.

Cuando estuve en América, la provincia de Texas estaba todavía bajo la dominación de México; pero era de esperarse que pronto no se hallase mexicano alguno. Una cosa semejante ocurre en todos los puntos donde los angloamericanos entran en contacto con poblaciones de otro origen.

Hoy en día hay sólo dos grandes pueblos, que han crecido en la oscuridad mientras las miradas de los hombres estaban ocupadas en otra parte, se han colocado de repente en primera fila de las naciones, y el mundo se ha enterado, casi al mismo tiempo de su nacimiento y de su grandeza. Estos pueblos que, partiendo de puntos diferentes, parecen avanzar hacia la misma meta: son los rusos y los angloamericanos.

Pero en fin, si este asunto le parece a usted doloroso, no lo toquemos por ahora, y remitámonos a intercambiar impresiones, sobre este pueblo americano caracterizado por su increíble igualdad de condiciones.

ZAVALA

Efectivamente, esta igualdad de condiciones se hace evidente en la simplicidad del gobierno.

Yo llegue a Cincinnati cuando se celebraba la venida del General Jackson, presidente de Estados Unidos. Era difícil creer que “no había batallones en línea, ni artillería, ni gente armada, ni tampoco curas, obispos o canónigos que venían en ceremonia a recibir al Jefe del Gobierno de la Unión, nada de esto había. . .”

Después, cuando estuve en Washington, comprobé que “el presidente no tiene guardias, ni alabarderos, ni otro aparato. Va a su iglesia presbiteriana los domingos como cualquier ciudadano, y toma su asiento como los demás sin ninguna distinción”.

En lo que respecta a la administración de justicia es difícil concebir menos fórmulas que la de Estados Unidos. Como dice un viajero inglés, se trata de “jueces y abogados sin pelucas ni togas, vestidos como quieren o pueden salir a las calles. Allí no hay mazas ni símbolo alguno de autoridad. . . Un americano parece ver en un juez un artesano cualquiera, como ve un carpintero, un sastre o un zapatero, y no le ocurre que un administrador de justicia es digno de más respeto que un fabricante de pomadas o de velas. . .”

En efecto, considero que en nada pueden contribuir a la majestad de las leyes ni a la inviolabilidad de los oráculos de la justicia las vestimentas mímicas que se usan en algunos países. “. . . Si los jueces de Inglaterra se presentasen en su tribunal con los vestidos comunes de la sociedad, no serían por eso menos respetados”.

¡Cómo me gustaría poder transportar a mis conciudadanos la manera simple y natural con que se hacen los juicios en Estados Unidos!

Cuando, en los inicios de 1833, vimos en México primero al señor Pedraza, y después al señor Farías, fungiendo como presidentes, presentarse con la misma sencillez en los lugares públicos, y vivir en lo privado del mismo modo, creímos que ya en la República Mexicana se introducía la simplicidad de nuestros vecinos en sus primeros magistrados, y que jamás veríamos otra vez el aspecto fausto y virreinal ¡dulce pero vana ilusión!

TOCQUEVILLE

A mí también me sorprende que siendo México un país felizmente situado como Unión Angloamericana, se ha apropiado de las mismas leyes y no pueda acostumbrarse al gobierno de la democracia. Pero mi falta de conocimiento sobre su país me impide darle una opinión más profunda en torno a lo que usted comenta.

En lo que respecta a Inglaterra, el jurado se recluta en la porción aristocrática de la nación. La aristocracia hace las leyes y juzga las infracciones a las mismas. Todo está de acuerdo con los principios de una república aristocrática.

En Estados Unidos, en cambio, el mismo sistema es aplicado al pueblo entero. Cada ciudadano norteamericano es elector, elegible y jurado. Los individuos son todos independientes e indiferentes.

ZAVALA

Esta equidad se hace evidente en la forma en que se distribuye la riqueza en Estados Unidos, específicamente en algunas regiones como nueva Inglaterra. En este sentido, tal y como usted señala, la igualdad en Norteamérica ha alcanzado condiciones que no existen en ninguna nación del globo.

Si, por ejemplo, usted compara los salarios de los jornaleros en Europa, advertirá una diferencia enorme en favor de Estados Unidos del Norte. Además, hay que tener presente que los artículos de primera necesidad son aquí mucho más baratos.

TOCQUEVILLE

Efectivamente, la igualdad de condiciones aún no ha alcanzado en Europa los límites extremos a los que ha llegado en el Nuevo Mundo; pero se aproxima a ellos cada vez más.

La concepción de mi libro *La democracia en América* responde a esta realidad. Me di cuenta de que el desarrollo gradual de la igualdad de condiciones es un hecho universal y duradero que escapa siempre al poder humano. Todos los acontecimientos y todos los hombres sirven a su desarrollo.

ZAVALA

Hay mucho de verdad en lo que usted señala. La lucha por la igualdad y la libertad es un fenómeno universal.

“Me hallaba en Nueva York cuando llegó la noticia de la famosa revolución de los tres días de julio en París, y de sus felices resultados. Parece increíble el entusiasmo que manifestó el Pueblo de Estados Unidos por un suceso que parecía no deber afectar a una nación comerciante y agricultora dedicada a sus ganancias y mejoras materiales”. El espíritu de los ciudadanos norteamericanos los hace expresar sus simpatías por el progreso que hacen los demás pueblos para acercarse a su posición social.

TOCQUEVILLE

Yo no comparto su optimismo. El panorama de esta revolución irresistible que avanza me produce una especie de terror religioso.

Vea usted lo que sucede en Francia: hemos abandonado el estado social de nuestros abuelos desechando sus instituciones, sus ideas y sus costumbres y aún no está muy definido lo que en su lugar hemos tomado.

Claramente pueden apreciarse ya los males de la democracia y, sin embargo, ignoramos todavía los bienes que puede ofrecer. . . “Cuando el poder real, apoyado en la aristocracia, gobernaba apaciblemente los pueblos de Europa, la sociedad, en me-

dio de sus miserias, gozaba de varias clases de felicidad, que difícilmente pueden comenzarse a apreciar en nuestros días”.

Mi interés por el estudio de Estados Unidos se debe a que se trata de un país que contempla los resultados de la Revolución Democrática que se opera entre nosotros sin haber tenido la revolución misma.

Los emigrantes que fueron a instalarse en América a principios del siglo XVII desprendieron en cierta manera el principio de la democracia de todos aquellos contra lo que luchaba en el seno de las viejas sociedades de Europa, y lo transplantaron sólo a las orillas del Nuevo Mundo. Allí pudo crecer en libertad y, avanzando con las costumbres, desarrollarse apaciblemente en las leyes.

“Me parece fuera de duda que tarde o temprano, llegaremos, como los americanos, a la igualdad casi completa de las condiciones”. El germen mismo de la aristocracia nunca fue depositado en gran parte de la Unión Americana.

ZAVALA

Nuestra apreciación de la democracia es muy diferente. Conforme avance nuestro diálogo, abordaré algunos de los temas que usted ha tocado.

Por ahora, sólo permítame decirle que si bien estuve de acuerdo anteriormente en que Estados Unidos se caracteriza por gran igualdad en las condiciones, creo que esta nivelación está lejos de ser tan radical como usted pretende.

“Yo he oído decir a mucha gente que en Estados Unidos había una verdadera aristocracia, y a otras que es el país de la libertad y de la igualdad absoluta. Unos y otros tienen razón, según el sentido que se dé a la voz aristocracia.”

Como en otros países, en Estados Unidos hay una superioridad que, aunque no es de la naturaleza, es una consecuencia necesaria del estado en que se halla constituida la sociedad en general, y que han querido infructuosamente modificar varios filósofos utopistas: ésta es la de la riqueza. Un hombre rico debe tener más conexiones, debe ofrecer más esperanzas, debe hacer más gastos que otro pobre. Tiene más medios de influir y más capacidad de hacer bien y mal, que otro en el que no concurren las circunstancias de riqueza o de talento. Semejante hombre se considera elevado sobre los demás, y en cierta manera lo está, porque de él dependen muchos, porque no necesita trabajar para subsistir, porque puede satisfacer sus necesidades y sus placeres.

TOCQUEVILLE

Usted me ha malentendido. “No es que en Estados Unidos, como en todas partes, no haya ricos; incluso no conozco país donde el amor al dinero ocupe más amplio lugar en el corazón del hombre, y donde se profese un desprecio más profundo a la teoría de la igualdad permanente de los bienes. Pero la fortuna circula allí con increíble rapidez, y la experiencia enseña que es raro ver a dos generaciones recoger sus favores.”

Gracias a la ley de sucesiones, la igualdad ha dado su paso más decisivo llegando a destruir la última huella de los rangos y de las distinciones hereditarias.

ZAVALA

Lo que usted ve como defecto yo lo considero una gran virtud: la prosperidad de Estados Unidos se debe a un sistema político que ha excluido todos los privilegios.

Afortunadamente no existe en aquel país ninguna ley, ni costumbre, ni recuerdo histórico cuya tendencia sea formar una clase aristocrática. La ley civil llama a todos los ciudadanos delante de los mismos tribunales, la ley política los reviste de los mismos derechos.

En México, por el contrario, las antiguas preocupaciones mantienen una aristocracia verdadera basada en una serie de favoritismos y excepciones que resultan mortíferos para una sociedad popular republicana.

Yo les pregunto a mis conciudadanos, “¿cómo podrán persuadir de su sincero y verdadero afecto a la libertad quienes conocen clases enteras superiores a las otras por privilegios legales?” Esto es lo que no he podido nunca entender y esto explica también el origen de nuestras últimas revoluciones. En Estados Unidos podrán transmitirse los venerables nombres de sus hombres de Estado a sus hijos y a sus nietos, si éstos mantienen con sus luces, patriotismo y honor el lustre de sus ascendientes. Pero ya se ve que esta no es una prerrogativa de las leyes; es del mérito personal.

Recuerde usted, amigo Tocqueville, que “hay una ley superior a las instituciones humanas, una ley de desigualdad que la naturaleza ha establecido y que ningún legislador puede abolir; ley que tiene más imperio en los pueblos libres que en los gobiernos despóticos, pero que siempre ejerce una influencia poderosa: esta ley es la capacidad mental, la superioridad de talento. ¿Qué disposición, qué reglamento podrá en efecto hacer que un hombre de talento, de instrucción y de capacidad permanezca al mismo nivel social, en el grado mismo de consideración y de influencia que otro hombre que no esté dotado de las mismas cualidades? De consiguiente no puede el segundo optar por los mismos empleos, ni ser recibido en sociedad por la misma estimación, ni atraer el respeto y atenciones que el primero. Esta ya es una desigualdad y existe en Estados Unidos en todas partes. . .”

TOCQUEVILLE

Está usted equivocado: en Estados Unidos “la igualdad se extiende, hasta cierto punto, sobre las mismas inteligencias”.

Como todos los americanos tienen una vida muy cómoda, es muy fácil que se contenten con procurarse únicamente los primeros elementos de los conocimientos humanos. El resultado es que, en cuanto al saber se refiere, se ha establecido en América un cierto nivel medio al cual todos los espíritus se han aproximado: hay “una multitud inmensa de individuos que tienen el mismo número de nociones,

poco más o menos, en materia de religión, de historia, de economía política, de legislación, de gobierno”.

“América presenta, pues, en su estado social, el más extraño fenómeno. Los hombres se muestran más iguales por su fortuna y por su inteligencia, o dicho en otros términos, más igualmente fuertes que en ningún otro país del mundo, y que lo hayan sido en ningún siglo de los que la historia conserva recuerdo.”

ZAVALA

La igualdad de oportunidades educativas es uno de los principales sustentos de la democracia: sólo un pueblo letrado tendrá acceso a los papeles públicos y podrá tomar parte en las cuestiones de interés político.

Precisamente una de las pautas que muestran el adelanto de Estados Unidos respecto a otras naciones, es el énfasis en la educación desde muy temprana edad.

En Baltimore, tuve la oportunidad de asistir a una *infant school* donde los niños de dos años “comienzan a recibir, por sensaciones agradables y lecciones materiales, instrucciones que sirven después de base para los altos conocimientos de geografía, historia natural, botánica y aritmética. En vez de entretener a los niños con la muñeca, el trompo, el pito y demás juguetes de la infancia, se les familiariza con los géneros diferentes de animales pintados al natural, aves, peces, cuadrúpedos”. Estos niños esparcirán después su enseñanza en el país.

Pero la educación preescolar está lejos de ser la más importante.

El nivel medio en la instrucción americana al que usted se refiere con tanto desprecio, tiene su fundamento en uno de los logros más formidables de nuestra era, que, desde mi punto de vista, es casi un objeto sagrado: me refiero a la educación gratuita.

Para darse una idea de sus alcances, basta tener presente algunos datos: en la ciudad de Boston hay 78 escuelas que no cobran nada a sus alumnos, el estado de Nueva York tiene más de 300 primarias gratuitas en las que aprenden cerca de 40 mil niños de ambos sexos.

Los resultados son evidentes: “se puede asegurar sobre cálculos muy aproximados, que una tercera parte de los habitantes de los estados de Massachusetts y Connecticut concurren a las escuelas, y que a excepción de dos mil personas, en una población de dos millones, todos saben leer y escribir a lo menos”.

Si usted compara esta situación moral del pueblo de Estados Unidos con lo que ocurre en mi país, se podrá dar cuenta de la verdadera razón por la cual es imposible por ahora nivelar nuestras instituciones a las de nuestros vecinos.

La proporción aproximada de letrados en México es de uno a veinte y entre aquellos que saben leer y escribir “dos quintos no conocen la aritmética, tres quintos ignoran hasta el significado de la geografía, historia, astronomía, etcétera, cuatro quintos no saben lo que es la Biblia. . . en fin, ni siquiera hablan castellano. El pano-

rama le resultará bastante triste y podrá comprender por qué admiro tanto el estado de la educación pública en Estados Unidos. . .”

TOCQUEVILLE

Efectivamente, en Estados Unidos, la educación primaria está al alcance de cualquiera, pero la educación superior casi no está al alcance de nadie.

Como consecuencia, no existe país en el mundo donde, en proporción debida con la población, se encuentran tantos ignorantes y tan pocos sabios. En América, la mayor parte de los ricos ha empezado por ser pobres y casi todos los ociosos han sido, en su juventud, gentes ocupadas. El resultado es que, “cuando podría tenerse afición al estudio, no se tiene tiempo para dedicarlo a él; y cuando se ha adquirido el tiempo para dedicárselo, ya no se tiene afición”.

ZAVALA

Afortunadamente, en Estados Unidos se ha preferido extender la enseñanza primaria, a levantar establecimientos que contengan los elementos de esas “ciencias” que usted tanto admira y que absorben la vida entera en altas y profundas meditaciones.

La primera necesidad, amigo Tocqueville, es la de leer y escribir. Los norteamericanos la satisfacen dando a la primera enseñanza toda la generalidad que es compatible con las de otras necesidades sociales.

Sin embargo, esto no excluye la importancia de la educación superior. Creo que a pesar de su estudio exhaustivo, usted no tuvo la oportunidad de visitar las principales universidades de Estados Unidos. Si lo hubiera hecho, sus opiniones serían muy diferentes.

Permítame entonces que le relate algunas impresiones personales sobre este asunto.

En el Estado de Pensilvania, por ejemplo, hay una universidad donde se enseña filosofía, moral, historia, idiomas, latín, griego y hebreo; metafísica, ideología y matemáticas.

“El Colegio de Cambridge es uno de los más celebres de Estados Unidos. En la visita que hice a este establecimiento tuve motivos para quedar satisfecho de las luces del rector, de la belleza del sitio, elegancia del edificio, riqueza literaria de su biblioteca y conservatorio de antigüedades. En el Colegio de Cambridge se enseñan humanidades, ciencias físicas y matemáticas, historia, lenguas griega, latina, francesa, española y alemana; ideología y economía política. . .”

Éste y otros recintos académicos en Boston y sus cercanías, hacen de esta ciudad una de las más ilustradas de Estados Unidos. El estado de Massachusetts ha producido “un gran número de personas sabias, oradores, elocuentes, abogados instruidos y hombres de estado celebres. Los Adams, los Franklins, los Hancocks, los Tienors, los Quincey, los Everetts y otros nombres semejantes ocupan lugar distinguido en los anales literarios y políticos de aquel país. . .”

Sin embargo, no es este estado el único privilegiado de la Unión Americana, en New Haven, Connecticut, “toda la atención de los habitantes se dirige a la educación de la juventud. El Yale College es un establecimiento de educación que compite con la Universidad de Cambridge, Massachussets. El número de estudiantes asciende a quinientos. . .”

TOCQUEVILLE

Acepto lo que usted me dice sobre ciertas universidades en América. Sin embargo, sus planes de estudio están lejos de ser tan ambiciosos como usted pretende.

En Estados Unidos la mayoría de estas instituciones se limita a dar una preparación para las diferentes profesiones, sin preocuparse demasiado por la cultura universal. Esto se explica porque, como casi todos los americanos necesitan una profesión, no pueden concebir el cultivo general de la inteligencia más que en los primeros años de su vida; “su educación termina frecuentemente en la época en que comienza la nuestra. Si se continúa después de ese plazo, no se dirige más que a una materia especial y lucrativa: se estudia una ciencia igual que se elige un oficio; y no se persiguen más que las aplicaciones cuya utilidad presente está reconocida”.

ZAVALA

Me congratula el carácter práctico de la enseñanza en Estados Unidos. Es muy positivo que la educación se sustente en “extender la esfera del pensamiento, y elevar la conciencia por medio de útiles conocimientos que hagan al hombre apto para tratar con tino los asuntos de la vida y no hacerse ridículo, ni despreciable por una ignorancia notable”.

TOCQUEVILLE

Desdeña usted demasiado aquellas virtudes aristocráticas que han hecho posible la obtención de grandes conocimientos gracias a que cierto hombres pueden dedicarse a incrementar constantemente su saber sin preocuparse demasiado por otros asuntos mundanos. Posteriormente le hablaré de otras ventajas de la aristocracia que la democracia ha abolido sin poder aún sustituir.

Por lo pronto, déjeme únicamente decirle que con sus argumentos sobre educación, lo único que usted ha logrado es ratificar mi visión sobre la igualdad en América.

Es normal que los hombres tengan una pasión viril y legítima por la igualdad que los excita a querer ser todos fuertes y estimados. “Esa pasión tiende a elevar a los pequeños al rango de los grandes; pero también se encuentra en el corazón humano una afición depravada a la igualdad, que lleva a los débiles a querer atraer a los fuertes hasta su nivel y que reduce a los hombres a preferir la igualdad en la servidumbre a la desigualdad en la libertad.”

ZAVALA

¡Pero señor Tocqueville!, no puedo creer lo que estoy oyendo.

Desde la cúpula de su soberbio capitolio en Washington, el Congreso de Estados Unidos parece querer anunciar al género humano la libertad y la emancipación del pensamiento y de las ideas.

Si hay algún pueblo verdaderamente libre en este mundo este es, sin duda, el pueblo norteamericano.

La libertad en Estados Unidos va mucho más allá de cualquier proclamo o constitución teórica. “Todos los seres pensadores tienen libertad para enunciar sus opiniones, sus sistemas y sus ideas, sin que la autoridad ni la canalla se oponga a este ejercicio de las facultades mentales.”

TOCQUEVILLE

Tómelo con calma señor Zavala y no me malentienda: “No es que los pueblos cuyo estado social es democrático desprecien por naturaleza a la libertad; por el contrario, sienten una distintiva afición hacia ella. Pero la libertad no es el objeto principal y continuo de su deseo; lo que aman con amor eterno es la igualdad; se lanzan hacia la libertad por medio de impulso rápido y por esfuerzos repentinos, y, si fallan la meta, se resignan; pero nada podría satisfacerles sin la igualdad, y antes consentirían en perecer que en perderla.”

ZAVALA

Como periodista, puedo afirmar que una de las formas más importantes en que se expresa la libertad de pensamiento es a través de la prensa: “para saber si un pueblo es bárbaro o civilizado basta preguntar si tiene libertad de imprenta”.

La diversidad de periódicos en Estados Unidos entra en contradicción con la tesis que usted defiende sobre la igualdad entendida como una nivelación de conciencias.

En ningún pueblo del Globo hay cantidad tan grande de periódicos proporcionalmente a la población que en Estados Unidos del Norte.

Tan sólo en Nueva York había en 1831, 28 diarios, la mayor parte de una gran proyección.

En todas las poblaciones que llegan a dos mil habitantes lo primero que hacen los vecinos es levantar un pequeño templo; hacer uno o dos edificios para escuelas, y poner una imprenta.

Compare usted esta situación con la de mi país y verá la diferencia.

TOCQUEVILLE

Le da usted demasiado valor a la libertad de escribir y a la expresión de opiniones encontradas. Yo no niego que esto sea importante siempre y cuando no se pierda de

vista que “los hombres no pueden pasarse sin creencias dogmáticas” e incluso es muy deseable que las tengan. Entre todas éstas, las que me parecen más deseables son las religiosas: “no existe en el mundo más que el patriotismo, o la religión que pueda hacer marchar durante mucho tiempo hacia un mismo fin a la totalidad de los ciudadanos”.

ZAVALA

Al hablar sobre religión toca usted uno de los puntos que me sorprendieron más en mi viaje a Estados Unidos. En este país, las ceremonias religiosas son prácticas imponentes. Su gran influencia sobre el pueblo ha logrado producir una palpable mejora en los hábitos y costumbres. En muchos lugares las tabernas y casas de juego, han desaparecido ya que quienes anteriormente concurrían a éstas, van ahora a las asambleas religiosas.

Si usted compara estas prácticas con las que tenemos en México, verá las grandes diferencias.

En mi país, como en España e Italia, el pueblo participa muy poco en los sentimientos religiosos. La pompa de nuestro culto católico, tan imponente y del que se podría sacar mucho provecho en beneficio de la moral, pierde todo su efecto por la absoluta incomunicación entre el ministerio sacerdotal y el pueblo.

La misa dicha en latín en voz baja, aprisa y como por fórmula; la predicación, generalmente hablando, es un tejido de palabras sin coherencia, sin conciencia y sin unión. El resto del día, después de estas ceremonias, el pueblo bajo bebe y come; la gente de categoría juega y baila. Ved aquí nuestras fiestas religiosas. ¿Y qué diremos de las de los indios en Chalma, en Guadalupe y en otros santuarios? ¡Ah! la pluma se cae de la mano para no exponer a la vista del mundo civilizado una turba de idólatras que vienen a entregar en manos de frailes holgazanes, el fruto de sus trabajos anuales, para enriquecerlos, mientras ellos, sus hijos y sus mujeres no tienen un vestido ni una cama. ¡Y a esto han osado llamar religión los españoles, nuestros padres!

TOCQUEVILLE

Veo que tiene usted un profundo desprecio a los rituales católicos en su país. Sin embargo, tome en cuenta que, si bien podría ser conveniente cambiar cierto ceremonial, por ningún motivo sería admisible el aniquilamiento de la religión.

“Cuando la religión es destruida en un pueblo, la duda se apodera de las porciones más altas de la inteligencia, y paraliza a medias a todas las demás. Cada cual se acostumbra a no tener más que nociones confusas y cambiantes sobre las materias que más interesan a sus semejantes y al él mismo; defiende mal sus opiniones, o las abandona, y como desespera de poder, por sí solo, resolver los más grandes problemas que el destino humano presenta, se reduce cobardemente a no pensar en ello.”

“Semejante estado no puede dejar de trastornar a las almas, afloja los resortes de la voluntad y prepara a los ciudadanos para la servidumbre.”

Esta importancia de la religión explica que América sea, al mismo tiempo, la comarca más democrática de la tierra y el país en el cual la religión católica hace más progresos. “Los hombres de nuestros días están, por naturaleza, poco dispuestos a creer; pero una vez que tienen una religión, pronto encuentran en sí mismos un instinto escondido que les empuja, a su pesar, hacia el catolicismo. Varias de las doctrinas y de los usos de la iglesia romana les asombran; pero sienten una admiración secreta hacia su gobierno, y su gran unidad les atrae.”

ZAVALA

Puedo darme cuenta que, en lo que respecta a las prácticas religiosas en Estados Unidos, nuestras atenciones se concentraron en distintos aspectos. Lo que a mí más me sorprende de este país no es su unidad sino, por el contrario, la libertad de cultos y la respectiva tolerancia religiosa.

Vea usted: únicamente en la ciudad de Cincinnati “Hay 18 templos de los cuales dos son episcopales, una catedral católica romana, una sinagoga, una de unitarios, otra de universalistas, otra de luteranos, de cuáqueros reformados, y las otras son de presbiterianos, metodistas y anabaptitas”. Yo me pregunto: ¿qué sería del admirable progreso social de Cincinnati sin el artículo que permite el ejercicio de todos los cultos?

TOCQUEVILLE

Una vez más, creo que es exagerado el optimismo con el cual usted se expresa de la sociedad en América.

La libertad de cultos puede no ser tan positiva como usted pretende. “Cuando ya no existe autoridad en materia de religión, y tampoco en materia política, los hombres se asustan muy pronto ante el aspecto de esa independencia sin límites. Ese aspecto de esa independencia sin límites, esa perpetua agitación de todas las cosas, les inquieta y fatiga. Como todo muda en el mundo de las inteligencias, quieren, por lo menos, que todo sea firme y estable en el orden material y, al no poder recuperar ya sus antiguas creencias, se buscan un amo.”

Debido a esto, “dudo que el hombre pueda soportar jamás, a la vez, una completa independencia religiosa y una total libertad política, y me inclino a pensar que, si no tiene fe, es necesario que sirva, y si es libre, que crea”.

ZAVALA

¡Pero señor Tocqueville! No estamos analizando a una sociedad atea con los posibles riegos que usted señala. “El pueblo americano es sumamente religioso, hasta el

grado de fanático en algunos pueblos y congregaciones; pero el culto está enteramente en manos del pueblo. Ni el gobierno general, ni el de los estados tienen género alguno de intervención en las materias religiosas. . . Todo esto es conforme a la disciplina de los primeros siglos del cristianismo y compatible con la igualdad popular. Otro cualquier método, en que el gobierno tenga parte en los negocios del culto, es destructivo de la libertad.”

Como acertadamente lo menciona un obispo de la congregación de Nueva York: “la prostitución de la religión en usos de política secular ha producido muchos perjuicios. . .”

La estudiada separación entre Iglesia y Estado, que caracteriza la constitución republicana de Estados Unidos ha podido prevenir y evitar que la religión y sus ministros puedan venir a ser instrumentos usados por algunos en sus miras políticas. . .

TOCQUEVILLE

En este punto coincido con usted. Considero que debe existir una independencia entre el gobierno y la religión. No es tarea del gobierno disponer en el interior de cada secta.

Asimismo en los tiempos de luces, “las religiones deben mantenerse, más directamente que en los demás, dentro de los límites que le son propios, y no intentar en absoluto salir de ellos; porque al querer extender su poder más lejos que las materias religiosas, corren el riesgo de no ser creídas ya en ninguna materia. Deben, pues, trazar con cuidado el círculo en que pretenden mantener al espíritu humano, y más allá dejarle enteramente libre de abandonarse a sí mismo”.

ZAVALA

Celebro que finalmente tengamos una coincidencia de opiniones en un asunto tan importante.

Creo que las pérdidas territoriales que mi país ha tenido se deben, en gran parte, a la intolerancia religiosa. Los colonos de Texas querían levantar capillas de diferentes cultos para adorar al creador conforme a sus creencias y el gobierno de México no pudo entender que sería imposible enviar a esa región una legión de soldados para hacer cumplir el Artículo 3o. de la Constitución Mexicana que prohíbe el ejercicio de otro culto además del católico.

Por eso me admira cómo se resuelven los conflictos religiosos en Estados Unidos. Le relataré solamente uno de los acontecimientos que más me sorprendió.

En 1830, “una multitud de asociaciones, especialmente las presbiterianas, dirigió al Congreso General representaciones, pidiendo que los domingos, días destinados al descanso y a la oración, no se abriesen las oficinas de correos, ni que las postas corriesen aquel día. . .”

El dictamen de la comisión de la Cámara de Representantes, expresando principios luminosos, escritos con una lógica irresistible y sobre las bases de una constitución —la más libre y filosófica que se conoce— unánimemente concluye declarando inconstitucional la solicitud y argumentando que “toda secta religiosa, dulce en su origen, comienza a perseguir en el momento en que adquiere el poder político”.

Yo me pregunto: ¿No será esta una lección útil a los partidarios de la intolerancia en México, y demás gobiernos que tienen pretensión de ser libres?

TOCQUEVILLE

Una vez más, está usted dando demasiado énfasis a una pretendida libertad de espíritu que no existe en América.

Vea usted: mientras la Inquisición nunca pudo impedir que en España circularan libros contrarios a la religión de la mayoría, en América, la mayoría ejerce un poder tal sobre el pensamiento que la libertad se suscribe a límites muy estrechos.

Pero vayamos al hecho fundamental que deja fuera todos sus argumentos. ¿Qué me puede decir sobre la esclavitud en América? ¿Cómo sería posible explicar esta situación a partir de la libertad que usted tanto defiende?

ZAVALA

Creo que ha tocado el único punto verdaderamente condenable del pueblo estadounidense.

Al pasar de la República Mexicana a los estados que permiten la esclavitud —Georgia, Carolina del Sur y Louisiana—, no se puede dejar de sentir el contraste que se advierte entre ambos países, ni dejar de experimentar una agradable memoria por los que han abolido este degradante tráfico y hecho desaparecer en mi país los vestigios de una condición tan humillante para la especie humana.

No obstante, los ejemplos deben tomarse de otros países como Canadá e Inglaterra. En el primero, “la civilización y la mano del hombre no han dado el soplo mortal a la esclavitud, ni a la superstición. . .” En el segundo, una asamblea en Londres compuesta por todos los partidos ha celebrado recientemente un aniversario de la emancipación de los negros.

Felizmente en Nueva York, como en otros estados del norte, no es permitida la esclavitud “pero a pesar de esta emancipación de la clase africana y su prosperidad, existe una especie de proscripción social, que la excluye de todos los derechos políticos, y aun del comercio común con los demás, viviendo, en cierta manera, como excomulgados. Esta situación es poco natural en un país donde se profesan los principios de la más amplia libertad. . .”

Preocupada por solucionar esta problemática, se creó hace unos 30 años una sociedad que se reúne anualmente en Washington y que tiene como objetivo filosófico redimir esclavos y enviarlos a una colonia establecidas en la costa de África.

TOCQUEVILLE

Efectivamente, en 1820, la sociedad de que usted habla consiguió fundar a unos siete grados de latitud norte del continente africano, “un establecimiento al que dio el nombre de Liberia. Las últimas noticias anunciaban que dos mil quinientos negros se encontraban ya reunidos en aquel punto. Transportados a su antigua patria, los negros han introducido en ella las instituciones americanas. Liberia tiene un sistema representativo, jurados negros, magistrados negros, sacerdotes negros; existen allí templos y periódicos, y, por un cambio singular de las vicisitudes de este mundo, está prohibido a los blancos establecerse entre sus muros”.

ZAVALA

Entusiasmado con este proyecto, el presidente del Colegio de la Unión de Nueva York ha declarado que es imposible mantener por más tiempo el abuso de la esclavitud en algunos estados.

Asimismo, queriendo evitar una insurrección doméstica, varios grupos se han preguntado por el futuro que tendrá esta clase degradada cuando se le restituya su libertad. Temen la posibilidad de que se convierta en una población inútil y miserable, y que, consecuentemente, con su aumento disminuirán las fuerzas de la nación trayendo crímenes y pobreza. De allí que se apoye la salida de los negros de Estados Unidos hacia Liberia. Consideran prudente y laudable restituir a Africa como ciudadanos, los hijos de aquella comarca, que como esclavos y cargados de cadenas se han traído, con el agravio de la humanidad.

Comparto estas opiniones. Puesto que la clase negra es diferente en color y en cualidades morales, “no es cierto que mezcladas las castas jamás desaparecerán sus estigmas naturales. Las cuarentonas en Louisiana y Carolina desmienten esta aseveración, pero ¿cuántos siglos se necesitarán para que esto se verifique? y entre tanto los inconvenientes de la permanencia de la raza negra en Estados Unidos son de mucha consideración, para que un pueblo previsor y que calcula admirablemente sus intereses deje de tomar providencias que libren de los males o que al menos disminuyan. Los últimos sucesos de Nueva York y Filadelfia entre clases blanca y negra, son anuncios de lo que puede temer aquella nación en el porvenir”.

TOCQUEVILLE

Efectivamente, “el peligro, más o menos lejano pero inevitable, de una lucha entre los negros y los blancos se presenta sin cesar como un sueño penoso ante la imaginación de los americanos. Los habitantes del norte hablan cada día de estos peligros. . . intentan vanamente encontrar un medio de conjurar las desgracias que presienten.”

Sin embargo, Liberia no es una solución. Como ya le mencioné anteriormente, en doce años, la sociedad de colonización de los negros ha transportado a Africa dos

mil quinientas personas. Sin embargo, si usted considera que durante el mismo tiempo nacían alrededor de setecientos mil negros en Estados Unidos, se dará cuenta de que “aunque la colonia de Liberia estuviese en condiciones de recibir cada año a miles de nuevos habitantes, no podría todavía compensar el solo progreso natural de la población entre los negros y no consiguiendo llevar cada año a tantos hombres como vienen al mundo, no conseguiría ni siquiera suspender el desarrollo del mal que crece cada día en su seno”.

“Si se niega la libertad a los negros del sur, acabarán por tomarla violentamente por ellos mismos; si se les concede, no tardarán en abusar de ella.”

ZAVALA

Qué tristeza me da escuchar este diagnóstico al cual, por el momento, no tengo nada que agregar.

TOCQUEVILLE

Me imagino el malestar que esto debe causar a un incondicional de Estados Unidos como es usted.

ZAVALA

Mi estimado Tocqueville, “al presentar mis reflexiones no predico una doctrina”. Creo que cada uno debe juzgar según la medida de sus sensaciones y de su convicción. “La historia todo me enseña que la certidumbre es la doctrina del error o de la mentira y la constante arma de la tiranía”.

Mi admiración hacia Estados Unidos no me ha impedido ver sus defectos. La aplicación constante al trabajo que hace a los hombres virtuosos e independientes es, a su vez, la causa de su orgullo. En general, hay que reconocer que se trata de una población áspere en su trato, no comunicativa, desconfiada y egoísta.

TOCQUEVILLE

“El egoísmo es un amor apasionado y exagerado de uno mismo, que conduce al hombre a no referirse a nada más que a sí mismo, a preferirse sobre todo. Por tratarse de un vicio tan antiguo como el mundo, apenas pertenece más a una forma de sociedad que a otras.”

Por eso yo diría que más que egoísta, la sociedad americana es individualista. “El individualismo es de origen democrático, y amenaza con desarrollarse a medida que las condiciones se igualan.”

ZAVALA

Las peculiaridades de los diferentes pueblos no se explican únicamente, como usted pretende, por el carácter democrático y antidemocrático de su sociedad. Es inútil buscar las razones de las desemejanzas limitándose al análisis de la organización de poderes. Es en las costumbres, en las capacidades mentales y materiales de los distintos países, en los hábitos, en sus intereses y en sus creencias mismas, donde el legislador filósofo debe encontrar el origen de las diversas direcciones entre las naciones.

Vea usted, a diferencia de la población de Estados Unidos del Norte, nosotros los mexicanos somos comunicativos por esencia, con una amabilidad extremada en la que hay un poco de servilismo y un hábito de obediencia pasiva que frecuentemente me hace sospechar de la sinceridad de nuestros obsequios y cumplimientos.

Los que conocen la distancia entre el modo de tratar los negocios en los dos países sólo pueden explicárselas teniendo en cuenta las distintas orientaciones que toman los tratos entre los descendientes de ingleses y los descendientes de españoles. Y esto, a pesar de que nuestros padres, los españoles, no nos transmitieron ese carácter duro y altanero que nos hicieron sentir tan fuertemente su dominación.

Hay que reconocer, sin embargo, que el ejemplo constante y próximo que presenta Estados Unidos a la nación mexicana joven traerá una enorme influencia moral, “La República Mexicana vendrá pues dentro de algunos años a ser amoldada sobre un régimen combinado del sistema americano con las costumbres y tradicionales españolas”.

Esto no es de sorprenderse puesto que “no hay un ejemplo más seductor para una nación que no disfruta de libertad completa, que el de una vecindad en donde se presentan en todos los actos públicos, en todos los escritos, lecciones y prácticas de una libertad indefinida”.

TOCQUEVILLE

La gran influencia del sistema de Estados Unidos no se circunscribe sólo a un país vecino como el suyo. También las naciones europeas estamos siendo empujadas por una fuerza irreversible que nos encamina a una democracia sin límites. Aunque lo que vi en América me convence de que Francia no se adaptará bien a ella, negarse a aceptar estas consecuencias me parece una gran debilidad. De allí que me incline a pensar que los Borbones, “en lugar de tratar de fortalecer abiertamente un principio aristocrático que está muriendo entre nosotros, tendrían que haber descargado toda su fuerza para crear interés por el orden y la estabilidad de la democracia”.

ZAVALA

Efectivamente, el gobierno estadounidense será un modelo para el resto del mundo. Esto es inevitable porque “la escuela política de Estados Unidos es un sistema com-

pleto; obra clásica, única: un descubrimiento semejante al de la imprenta, al de la brújula, al del vapor, pero un descubrimiento que aplica la fuerza moral de las inteligencias individuales a mover la gran máquina social hasta ser hoy arrastrada, más que dirigida, tirada por resortes ficticios, compuesta de combinaciones heterogéneas, mosaico monstruoso de trozos unidos de feudalismo, superstición, privilegios de castas, legitimidades, santidades y otros elementos contranaturales, y escombros de ese diluvio de tinieblas que inundó al género humano durante centurias”.

Gina Zabudowsky

Cultura y poder. ¿Temática nueva o reencuentro afortunado?

En un momento en que la sociología mexicana busca nuevos rumbos, me ha parecido pertinente iniciar una reflexión en torno al desarrollo en el análisis de dos temas importantes para la sociología: el poder y la cultura.

En el caso del segundo tema, ello lleva a interrogarnos acerca del débil desarrollo de los estudios al respecto y a buscar los caminos que pudiera conducir a estudiarla a través de un enfoque sociológico que recoja lo mejor de los clásicos y al mismo tiempo asimile la amplitud de miras de filósofos, literatos, periodistas y profesionales de diversas ciencias sociales que han sabido trascender las fronteras de sus respectivas disciplinas o quehaceres para plantearse los problemas nacionales, entre ellos los que atañen al uso y abuso del poder en los vastos términos de la cultura.

Cultura y poder, fenómenos culturales y fenómenos políticos, han sido escogidos como objeto de estudio por los grandes sociólogos. Finalmente, ¿dónde si no es en el campo de lo social en que se objetiva ese “y” que colocamos entre cultura y política? El sociólogo ha pretendido siempre encontrar a nivel analítico las interrelaciones que vuelven inteligible ese fenómeno que, cultural o político, él reivindicará como social.

Durkheim y Weber no tenían ninguna duda de que al analizar las religiones totémicas o la ética protestante hacían sociología, de que cuando reflexionaban sobre la democracia o sobre las modalidades de la dominación también estaban haciendo sociología.

Pasando al aquí y ahora, sorprende comprobar que no resulta evidente que la cultura sea un tema importante de la investigación sociológica: más bien parece ser un tema secundario en los intereses de los científicos sociales en México. No podría decirse lo mismo del poder.

El poder siempre ha ejercido una especie de fascinación sobre el intelectual: como objeto de estudio y como vocación. Y es que la relación entre el intelectual y el poder